Busca y captura de un aeropuerto en Guinea

Capitán TATAY, Ingeniero Aeronáutico.

Para ir a Guinea hay que estar sano. Así está legislado, y la Ley es la Ley. Busco un ayudante vasco por aquello de los chicarrones del Norte, y recibo con honda satisfacción el papel en que unas firmas y muchos sellos atestiguan que soy una especie de Maciste.

* * *

—¿De verdad que no has estado nunca en Guinea?

—Ya comprendo: le pido mil perdones, pero debo confesar que es la primera vez que voy. Quizá más adelante...

* * *

En Canarias se me insinúa que si quiero puedo unirme a los "solteros", que van a organizar una "juerga monstruo".

—Pero ¿ustedes van a Guinea o vienen de Guinea?

* * *

—... anquilostomas, áscaris, cró-cró, filaria, malaria, fiebre amarilla, pian-pian...

—Diga, y... ¿hay muchos médicos?

* * *

—... desde luego, un tipo bonito y tal, pero hace falta tiempo para acostumbrarse y tal.

—Oiga, oiga... y ¿es indispensable el tiempo y tal?

* * *

Vemos tierra al amanecer. Yo no soy escritor. Yo soy Ingeniero aeronáutico y no quiero invadir el "espacio vital" de nadie. Así, pues, describiré la llegada a Fernando Poo con los versos de un amigo mío, excelente poeta y que creo que está colegiado y todo:

... y perdona, Fulano, que mi alma
se expansione feliz en recordar
la mar magnífica en su inmensa calma
y la isla emergiendo de la mar.
Inmenso trozo de jardín gigante
de verde imposible de explicar,
inmenso canastillo desbordante
que va hundiendo sus ramas en la mar,
y el alto pico, como nuevo Atlante,
queriendo levantar
la bóveda de un cielo cambiante
donde el sol difumina su brillar;
y en la playa los altos cocoteros,
extendiendo sus palmas, pintureros,
con gesto retador
van jugando a que son banderilleros
citando a banderillas al vapor.

* * *

Bueno, ya hemos amarrado. Después de diez días saltamos a tierra, ¿eh?, y a pisar cemento...

—No pueden desembarcar aún. Tengo que ponerles la inyección contra la fiebre amarilla.

—¿La qué?

—La inyección.

—¿A los militares también?

—A los militares también.

Oiga, esto es una colonia, ¿no?, y me parece a mí que el ejército de ocupación...

—Lo siento, pero tengo que pincharle.

Accedo y me pinchan. Dios me perdone, pero me parece que este practicante es un poco colaboracionista.

* * *

Los negros van vestidos. ¿Será fiesta hoy?

* * *

Aquí todos son muy simpáticos. En seguida me tutean y me llevan al "Chiringuito" a tomar un salto.

El Chiringuito es un Bar.

—A mí, un salto.

—A mí, un salto.

—A mí, un salto.

Pongo cara de hombre entendido en bebidas, y digo:

—Hombre, a estas horas... En fin..., ¡también un salto!

Resulta que el salto es coñac con sifón.

"¡Nihil novum sub sole!"

Voy a saludar al Gobernador. Resulta que Su Excelencia recibe a todo el que quiera verle, a cualquier hora y sin previa petición de audiencia.

Entonces, ¿por qué dicen por ahí que no somos demócratas?

* * *

Un señor nos alarga un folio, impreso por las dos caras.

—Aquí tienen ustedes. Trae su llegada.

—¡Hombre, cuánto me alegro! Siempre sentí un gran respeto por las publicaciones dominicales, y eso de que le pongan a uno en la Hoja Parroquial...

—No. No es la Hoja Parroquial, es el "Ebano", el diario de Santa Isabel.

—¡Ah!

En efecto, veo mi apellido con las mutilaciones y añadiduras de costumbre. El ayudante ha pasado de ser un joven vasco, a convertirse en un novelista húngaro o un campeón olímpico noruego. Pero aún se nota que somos nosotros. Nos miramos y comprendemos que vamos penetrando en el sentido de nuestra propia importancia.

* * *

Santa Isabel-Bata en avión de línea. Sobre la pista del mar bailan un "bugui-bugui" las masas de nubes negras con las trombas de agua y los tornados. Nosotros nos deslizamos como un bailarín sin pareja sorteando a unos y otros, subiendo muy altos como para ver a un amigo entre la concurrencia o rascando el agua como si buscásemos ese botón de la pechera que se nos cae en todos los bailes.

* * *

El bosque virgen. Nuevamente hago la salvedad de que soy Ingeniero y no escritor. Pero como ese excelente poeta amigo mío no se atreve con una cosa tan grande, me lanzaré yo a ello con el temor de que me salga un párrafo de pliego de condiciones o así.

El bosque virgen es la aspiración asintótica de cuantos caos en el mundo han sido. Es la inversa del paisaje. La impresión del profano es que está en el fondo de una sima con paredes de hojas. Cuando se va andando y se ven los enormes troncos de los árboles, parece que la escala de abscisas está multiplicada por diez; pero al mirar hacia arriba, resulta que es la escala de ordenadas la que está multiplicada por cien, y si se mira después a los acompañantes, parece que se les ve con los gemelos al revés. Unicamente los mosquitos conservan su verdadera escala; pero, ¡ay!, su número crece más allá de todo límite finito.

De cuando en cuando hay zonas desboscadas, sea porque los negros talaron el bosque y lo quemaron para plantar su comida, o sea porque ya explotó la madera alguna Compañía. Pues bien: aquí crece una vegetación arbórea especial, el "bicoro", con tal fuerza, espesor y densidad, que yo no puedo evitar la sospecha de que las plantas y arbustos se reúnen aquí en apretada manifestación para pedir a los dioses de la selva la cabeza de los que talaron el bosque.

* * *

Aquí, cuando llueve, llueve de veras. Si esta forma de llover se hubiese conocido antiguamente, el Diluvio Universal, en vez de cuarenta días y cuarenta noches, hubiese durado apenas una semana.

* * *

—... Ventajas indudables, amigo mío, ventajas indudables. Usted mismo, como apoderado de una gran Sociedad, podrá recibir correspondencia con dos fechas tan sólo; podrá recibir materiales urgentes de poco peso; evacuar rápidamente algún enfermo; visitar a menudo a su familia...

—Sí, claro..., y también podrá presentar-

se aquí el Consejo de Administración en pleno y sin previo aviso.

—¡Ah! Ese es otro punto de vista.

* * *

—Masa, motúa no habla.

—¿Cómo?

—Dice que el camión no quiere arrancar.

* * *

Como San Juan Bautista, yo también he sido "la voz que clama en el desierto". He intentado hacerle comprender a un indígena dónde debía colocar la mira.

* * *

En un poblado donde aterrizamos el ayudante y yo con nuestro teodolito, nos sale a recibir el "Cucumán" o jefe con el eterno "clote" (un trapo cualquiera) arrollado a la cintura y una levita de almirante inglés. ¡Qué feliz sería este hombre si pudiese vestir un uniforme de guarda del Retiro!

* * *

El guardia colonial que nos han asignado nos recluta auxiliares entre los habitantes del bosque. Como argumento persuasivo lleva—además del fez colorado y el fusil, insignias de su cargo—una varita de melongo en la mano. Es un Vargas Heredia tropical.

Los indígenas huyen al bosque cuando lo ven, sin que les tiente a venir el brillo de las relucientes palas con que va cargado uno de ellos que no anduvo tan listo.

Indudablemente, la mentalidad del negro no está preparada para tanta civilización.

* * *

Llega el jefe del poblado a que pertenecen nuestros productores. Es delgado y alto y lleva por toda vestimenta un faldellín de rafia y un sombrero de paja con cinta de colorines. Parece una mezcla, a partes iguales, de Josefina Baker y Maurice Chevalier.

Me trae una gallina como una codorniz.

—Masa, regalo.

—¡Caramba! ¡Muchas gracias, hombre, muchas gracias!

Sigo con mi trabajo. El jefe me sigue en silencio. Pasan veinte minutos.

—Masa, tú regalo a mí.

—¿Cómo? Sí, claro, me parece justo... ¿Y qué regalo quieres?

—Tres duros, Masa.

Se los doy por aquello de que soy el Masa blanco y no es delicado tratar de dinero; pero no puedo evitar pensar que, por lo menos, el "Pernales", además de los gastos de pólvora, armamento, peluquero, indumentaria y entretenimiento del caballo, tenía que contar con la Guardia Civil.

* * *

—Masa, ¿para qué haces agujeros en el suelo? ¿Qué buscas?

—Oro, muchacho, oro. ¿Qué te parece?

—Nada, Masa.

No, no le parece nada; pero cuando volvemos en lluvias a medir otra vez el nivel freático, los hoyos se han triplicado. ¡Ah, vil metal!

* * *

—Supongo que el aeródromo lo harán donde yo les decía...

—Pues... todavía no sabemos... Hay cosas que... En fin...

—¡Pero si es muy fácil! Verá usted...

—¡Oiga! Si es tan fácil como usted dice, ¿me quiere explicar qué pinto yo aquí?

* * *

Hay que determinar unos coeficientes de balasto. (Es curioso el papel que desempeñan en la vida del hombre moderno los coeficientes. Desde el coeficiente de mortalidad infantil hasta esos astutos y amañados coeficientes que emplean las Compañías de Seguros, todos son coeficien-

tes que nos rodean a lo largo y a lo ancho de nuestra vida. Los coeficientes son los nuevos ángeles de la guarda que la estadística le proporciona al "homo sapiens"). Para determinar estos coeficientes nos valemos de un dispositivo que llamaríamos ingenioso si no fuese fruto del propio ingenio. Con un poco de cemento, un palier viejo, una rueda vieja, una romana, unos sacos, una tira de papel milimetrado y un nivel, improvisamos el método que puede verse en las fotografías. El último saco tarado que se pone, soy yo mismo. Tarado, porque sé mi peso. Apenas 73 kilos.

* * *

Los sacerdotes indígenas llevan la sotana blanca y—naturalmente—la cara negra. Parece que en su celo por apacentar sus ovejas no han querido esperar a ser positivados, y se han escapado del cliché.

* * *

La nigua es una pulga que tiene una extraña preferencia por hacer sus nidos entre las uñas de nuestros pies. El blanco no la sabe sacar; rompe la bolsa del nido, y entonces viene un mal que nadie me ha acabado de explicar, pero que debe de ser muy grave. En cambio, el negro, con infinita paciencia y una astillita de bambú, saca la nigua sin romper la bolsa. Cirugía elemental.

* * *

Cuando está para llegar el barco de regreso, me procuran un tití y un loro. Me explican que es costumbre llevarse los dos dichos. Me complazco en imaginar mi llegada a Cádiz con la jaula del loro en una mano, la maleta en otra y el mono en un hombro. Con unos cuantos dientes de oro, una cadena con dije sobre un chaleco de fantasía y un jipi-japa, podría pasar por un indiano.

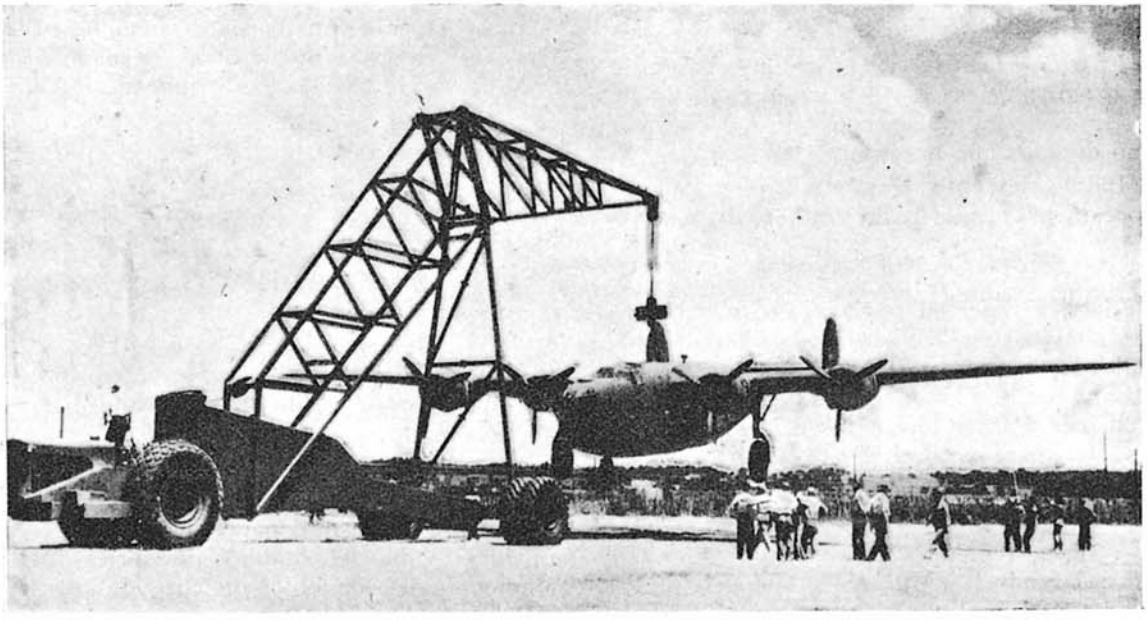
* * *

Antes de salir, me enteran de que debo hacer una cura de Atepé. La hago, y me quedo amarillo. Parezco un lápiz "Koh-I-Noor" de los de antes de la guerra. Todo sea por el Trópico.

* * *

... Y con la cartera repleta de notas y el cuerpo saturado de quinina, vemos perderse en la bruma la Guinea Continental Española, a la que mi amigo el poeta llamó

... Trocito rectangular,
tan difícil de encontrar
en la inmensidad del mapa,
porque su nombre lo tapa
si no se escribe en el mar.



Nueva grúa móvil ensayada en un aeropuerto norteamericano, haciendo una demostración con un bombardero "B-24". Esta grúa deja libre la pista en pocos minutos en caso de accidentes en ella. Mide 11 metros, y el diámetro de sus ruedas delanteras es de 2,40 m.